

Leonardo da Vinci: Bosquejo de interpretación

Por el Dr. ARMANDO ALVAREZ PEDROSO

La meta de todo Arte, Ciencia, Filosofía, ha sido siempre la consecución de la Verdad. En impresionante carrera, que comienza en los albores de la Humanidad, ha sido el fatigoso, ansiado, perseguido y directo fin de la Cultura a lo largo de todas sus manifestaciones.

“La Paleontología, la Prehistoria, la Historia, la Filosofía, las Matemáticas, la Física, la Química, la Biología, la Filología, la Poesía, las Artes, son laderas de una inmensa montaña que el Hombre se encuentra escalando desde los días de su aparición en la Tierra. El perenne deseo de llegar a la cuspide de ese Himalaya ha sido el acontecimiento deportivo de los sabios y artistas, cada cual escogiendo para su ascenso el camino donde le lleven sus aficiones. El sendero se llama Filosofía, Ciencia, Arte; el modo de andarlo: investigación filosófica, científica o manifestación artística; las diversas alturas ganadas en la marcha denominanse: producciones, descubrimientos, creaciones. En la cima descansan la Verdad Eterna de todas las cosas; la Razón y Causa de la Creación; el Conocedor Absoluto: Dios.

Un hombre, y sólo uno en la Historia de la Humanidad, quiso llegar a la cúspide tratando todos los caminos, entrelazando vías, asiendo los múltiples cabos del conocimiento para relacionarlos con el Todo. En plena tarea ideó como enseña de su Centro de Estudios una cuerda armoniosamente tejida. Del cabo, dispuesto en múltiples y pequeños lazos unidos entre sí, pendía un medallón; su inscripción circular rezaba: **ACADEMIA LEONARDI**. La leyenda horizontal formábala una sola palabra: **VINCI.**”

Leonardo de Vinci, con amor sin igual por el conocer, recorrió todos los ramos del saber, ascendiendo tesoneramente en su constante y decidida marcha a la Verdad; avanzando en su afán de conquistar el secreto de la Creación, las leyes de la Naturaleza.

Hoy, como homenaje y recuerdo en este año, quinto centenario de su nacimiento, tratemos de aquilatar aquella alma grande, aquel espíritu selecto. Intentemos comprender su imaginación, rehacer

el camino de su mente en la grandiosa, faústica e inmortal tarea que fué **LA EMPRESA LEONARDESCA.**

El espíritu científico de nuestro siglo XX nació en la décima segunda centuria aunque —por supuesto— henchido del sentido Aristotélico de la Ciencia: principios, esencias más que leyes enunciativas del proceder mecánico. Fué durante los siglos XIII y XIV cuando los estudiosos expresaron el significado moderno de la Ciencia, apartándose del Clasicismo. Esa Ciencia, según las más modernas teorías, fué poco a poco creada por la tecnología de los industriales y las necesidades del alto comercio; las ciudades europeas estaban pobladas no sólo por religiosos, nobles y guerreros sino por artesanos, obreros e industriales productores de toda clase de objetos del comercio. La competencia desarrolló la tecnología y ésta impulsó la práctica; de la unión de ambas nació la ciencia moderna. A su nacimiento ayudó también —capital y definitivamente— el Arte contemporáneo.

No fué pequeño el impulso que dió el Arte a la formación de la Ciencia Moderna. Efectivamente: paso a paso, lentamente, pintores, escultores y artistas en general iban abandonando la edad del “símbolo”, el mundo de las “Ideas” de Platón. Este cambio estético empieza a operarse a principios del siglo XIII. La transición de la Pintura y Escultura del estilo Romántico al Gótico (que es la primera etapa del Naturalismo en el Arte), marca el cambio. Principia tímidamente no con el motivo principal de la obra sino con su “decoración” o presentación; la flora, en los adornos, va haciéndose más detallada, siguiendo más el natural: comienza a copiarse la Naturaleza; Santo Tomás de Aquino da el espaldarazo a las nuevas tendencias. La Iglesia Católica, marchando al frente de la Civilización y del Progreso, aunque algunos de espíritu torcido quieran llamarla retrógrada, proclama por medio de su gran sabio, de su primer teólogo, del inmenso Doctor Angélico, que “El Arte es imitación de la Naturaleza. Las obras de arte serán tanto mejores cuanto mayor parecido obtengan con la Naturaleza”. (De



regimine principum, lib. I c. 2 en "Opuscula Omnia", editada por P. Mandonnet, París, 1927 I, pág. 317).

En la alborada del siglo XIII ya se marca este cambio en la Catedral de Chartres. La interpretación de la idea, del símbolo, iba decayendo; el naturalismo tomaba su lugar. Pronto apareció otro factor. El movimiento, en el Arte, sucedió a la estática alegórica. Se trató de captar la Naturaleza en movimiento pero hubo que hurgar en sus propias entrañas: surgió entonces la Ciencia, árbol frondoso de múltiples ramas. Lo que fué medio, vehículo, de algo pasajero, se convirtió pronto en finalidad por sí sola, empleándose en los estudios de los misterios del Mundo. Se había llegado a la Ciencia desde la Naturaleza. Luego se invirtió el recorrido: la Ciencia sirvió para interpretar la Naturaleza.

Tal era el cuadro existente en el momento de Leonardo.

Aleccionado en el taller del Verrocchio, adaptó un arte naturalista; viviendo en la Florencia de los Médicis, en medio de una sociedad que reclamaba más y mejores cosas para el Arte, para el Urbanismo, para la Guerra, para la vida diaria; rodeado de matemáticos, astrónomos, geógrafos, su privilegiada inteligencia echó una y mil miradas al Mundo. Trató de investigar la razón y el proceder en él. Quiso fijar sus leyes y relacionarlas a la causa primera. Entonces, en sus dibujos, bosquejó la entera naturaleza. Casi todo lo importante en el Mundo fué objeto de sus diseños; captó en líneas, trazos, pinceladas, la imagen de lo posible y de lo imposible; de una filosofía a través de una sonrisa, de una santidad perfecta por medio de una postura, de un carácter malévolo por una sórdida expresión; de una hoja fresca por sus nervios palpitantes.

Vayamos a su mente. La clave del pensamiento de Leonardo se halla esparcida en sus manuscritos, donde la revela varias veces: su razonamiento —expone— es científico, nacido de la experiencia y que se puede probar matemáticamente. Esos tres pilares: experiencia, ciencia, prueba, sostienen la obra de Leonardo.

En el tratado de la Pintura expresa Leonardo que las ciencias que no nacen de la experiencia, "madre de toda certeza", son vanas y plenas de errores (6). Todas las verdaderas ciencias son aquellas que la experiencia ha hecho pasar por los sentidos, pero, a la vez, declara que ninguna humana investigación se puede llamar verdadera ciencia "si no pa-

sa por la demostración matemática" (1). (Codex Urbinas. Vaticano, 1270).

Tras la experiencia fué pues Leonardo; indagó, estudió, analizó todo; detalló meticulosamente los fenómenos de la naturaleza en busca de sus causas, llegando a sus leyes, al modo de operar del hecho. Este amor por la investigación le vino a Leonardo como resultado natural de su inclinación a la Pintura. Ya hemos visto que el de la época era un arte naturalista y, por otra parte, que se desenvolvía en un medio necesitado de cosas prácticas para la vida y quehaceres del momento. El sentido artístico de sus contemporáneos, unido a la capacidad económica de sus ricos príncipes-mercaderes, ofrecía un seguro mercado a las mejores pinturas y obras de arte; los señores de la guerra no cesaban de colocar órdenes de armas e ingenios bélicos para sus perennes luchas; los gobernantes acometían obras de urbanismo; la sociedad, rica y despreocupada, buscaba ansiosamente diseñadores de escenarios, jardines, trajes y atracciones para sus fiestas. Mientras tanto los filósofos, matemáticos y astrónomos trataban —por su lado— de explicar el Universo.

Las peticiones e incitaciones provenían de gente preparada, exigente. Había que habérselas con un público conocedor.

Leonardo se fué concentrando en sí mismo. Lanzó miradas en derredor y trató de conocer —bien a fondo— antes de crear.

Si trataba de pintar un cuerpo de persona, ¿por qué no ejecutarlo de acuerdo con los principios anatómicos?. Reveló cada músculo, cada hueso. Pero la experiencia no cesaba de reclamar. Esquivando las severas leyes de la época, que lo prohibían, estudió cadáveres, observó las vísceras y órganos, reconstruyó su mecanismo. Consideró la función de la sangre y su operación.

Cuando marchaban sus estudios decidió fijar por escrito sus experiencias, ilustrándolas con esquemas, diseños y bocetos. Estudió metódica y cuidadosamente el esqueleto humano, los músculos, el corazón, los vasos sanguíneos, los órganos de la digestión, de la respiración, excretorios y de la reproducción; el sistema nervioso, los órganos de los sentidos, la embriología. Hizo descubrimientos importantísimos fijando leyes y anotando observaciones que asombran hoy día en pleno siglo XX, adelantándose, en muchos casos, a descubrimientos modernos, llegando, inclusive, a columbrar el hecho de la circulación de la sangre (Codice Atlántico, folio 171), concepto que no llegó a establecerse por la Ciencia sino hasta el siglo XVII.



El descubrimiento consciente de la glándula tiroidea débese a Leonardo. La diseña y menciona especialmente, (Manuscritos de Leonardo en la Biblioteca de Windsor, "Dell' Anatomia". Fogli A, fig. 66). No sin razón ha sido considerado "el primer anatomista de su tiempo en el mundo".

El estudio de la anatomía de los animales atrajo también su atención. El concienzudo estudio que hizo del vuelo de los pájaros y de sus mecanismos motores le permitió hacer múltiples observaciones y hasta descubrimientos. Ciertas posiciones de las alas de los pájaros en pleno vuelo, perceptibles sólo a la finísima, aguda y exacta visión del gran florentino, y reveladas en sus diseños, no pudieron ser comprobadas sino por la moderna cámara lenta cinematográfica.

Sus estudios en botánica fueron extensos y severos, como todos los suyos. Marcó los primeros fundamentos de las leyes que gobiernan la disposición de las hojas, o sean las leyes de la Filotaxia, enunciadas luego en los siglos XVIII y XIX. (Tratado de la Pintura: Manuscrito G de la Biblioteca del Instituto de Francia, Folio 16, v.).

Observó también que se podía conocer la edad de los árboles y la de sus ramas contando los anillos de crecimiento en un corte transversal, como lo hace notar en el Tratado de la Pintura.

Al estudiar al hombre y las plantas, Leonardo —en resumen— no se contentó con la observación superficial de los órganos; revisó su estructura, su acción y su función. El científico predominó sobre el artista, buscando el conocimiento como solución de los misterios de la vida y la muerte.

Amante de la ciencia Matemática, ahondó en su estudio. Citaba a Euclides con frecuencia y llegó a conocer tan profundamente esa ciencia que Fra Luca Pacioli lo utilizó para que diseñara las ilustraciones a su obra "De Divine Proportione". Recomendaba Leonardo estudiar las matemáticas para no construir sin fundamento. (Quaderni 1 7, r.) Ese fué su lema: todo lo basó, lo fundamentó. Trabajador incansable, dirá al margen de un dibujo: "Ningún trabajo es bastante a cansarme" (Windsor: 12700 r.).

¿Barruntó Leonardo la teoría de la radioactividad de la materia? ¿Consideró la energía similar a la materia adelantándose cuatrocientos años a Einstein?. En un pasaje del Códice Atlántico, (270 v c),

al hablar de un problema de óptica, explica el poder de la visión apuntando que el objeto (citó el Sol como ejemplo) emite imágenes de su forma, imágenes de su radiación e imágenes de la fuerza de su calor, añadiendo que "todas estas fuerzas proceden de la misma fuente por medio de líneas radiantes que se emiten de su cuerpo", pero concluye no admitiendo que por ello sufra el cuerpo emisor "ninguna disminución". Luego vuelve sobre el tema en distintas partes del Códice Atlántico (133-404). Este asunto, por ningún estudioso de Leonardo jamás tratado, lo someto a la consideración de los expertos. Solamente apunto el hecho de existir tal nota entre sus manuscritos, para que sea debidamente interpretada, pues sería altamente interesante averiguar si Leonardo tuvo —hace cuatro siglos— pensamientos similares a Becquerel y a Planck, cristalizados luego en los principios y leyes que han hecho famoso al genio que anunció la fórmula $E=Mc^2$, base de la Física moderna: Albert Einstein.

Los estudios de Leonardo continuaban. Trató de averiguar la historia geológica de la Tierra por la observación de fósiles. (Manuscrito F. Instituto de Francia, folios 78 v - 11w - 79 r. etc.). De estudios tan áridos como los geológicos fué capaz de pasar a otros tan disímiles como los de la música. Por cierto, que era un gran tañedor del laúd y de la lira, así como ágil bailarín, gustando en más de una ocasión de oír música mientras trabajaba en su estudio.

Se interesó profundamente en aeronáutica, como es de general conocimiento. El helicóptero, el aeroplano y el deslizador tuvieron primero su concepción en Leonardo, siempre —como le era natural— acompañado por los respectivos diseños. Es un hecho digno de mención que modernamente se haya solicitado patente de invención para "una máquina voladora de alas batientes" por el señor Adam J. Stolzenberger, ingeniero del centro de investigación de la Fuerza Aérea Norte-Americana, en Wright Field, Dayton, según mención periodística de 25 de Diciembre de 1948 (periódico "Información", Habana, Diciembre 26 de 1948). La máquina fué diseñada en forma un tanto similar a la concebida por Leonardo de Vinci.

Leonardo ideó, planeó y diseñó, entre otros mecanismos de utilidad, algunos tan modernos como casas pre-fabricadas y portátiles (Códice Arundel, folio 270 V); acueductos, docenas de aparatos y máquinas de guerra, cañones, granadas de gases, tanques, instrumentos musicales, máquinas que empleaban el vapor como fuerza motriz, adelantándose en siglos a



Watt; submarinos, escafandras, tambores mecánicos, sistemas de regadío, instalaciones de agua corriente fría y caliente, planes para desecación de pantanos; levantó mapas, erigió observatorios astronómicos e hizo y construyó tantos más artificios cuanto pueda la mente imaginar.

Modernamente un Doctor en Ciencias de la Universidad de Milán, Roberto Guatelli, ha reconstruido y exhibido, primero en Milán y luego en los Estados Unidos de América, los modelos de los inventos y diseños científicos de Leonardo. El señor Guatelli, verdadero experto leonardesco, calcula que alrededor de 1500 de los dibujos e ideas de Leonardo son inventos, 300 de los cuales los considera fundamentales, o sea enteramente nuevos en su época. Comentando la exposición del señor Guatelli en New York, un hombre tan culto como el ex-Presidente de Chile, Don Carlos Dávila, llama al genio florentino "Leonardo, el precursor de todo". ("Diario de la Marina". Habana, Octubre 25 de 1951).

Leonardo de Vinci fué un verdadero ingeniero y con tal título fué llamado por los príncipes y autoridades de su época.

En plena madurez ideó un centro de estudios que denominó "Academia Leonardo — Vinci". Se ignora si funcionó, pero las investigaciones, métodos y descubrimientos que a él se deben, quedaron fijados para siempre en sus admirables manuscritos y diseños, constituyendo la prueba de que el Adalid de la Ciencia, el Príncipe de la Pintura, estudió en la Naturaleza como en gran libro abierto, cual otro inmenso italiano como él: Cristóbal Colón, al dejar constancia en sus Diarios de Navegación del estudio que hizo sobre la desviación occidental de la aguja náutica, del movimiento horario de la estrella Polar, de la forma externa de islas y continentes. No dudo en repetir lo que años atrás afirmé: "Cristóbal Colón y Leonardo de Vinci son los adalides del moderno método científico de investigación y son, a la vez, los prototipos del hombre del Renacimiento, que nunca cesará de admirar la Humanidad". (Armando Alvarez Pedroso: "Cristóbal Colón. Biografía del Descubridor", pág. 402. Editorial Cultural, S. A. Habana, 1944).

En algo más empleó Leonardo sus preciosas horas: produjo las pinturas más admirables que ha conocido la Humanidad en todas las épocas.

La excelencia de la obra pictórica leonardesca, su alto grado de perfección, débense al cuidadoso estudio y preparación de todos y cada uno de los asuntos de los temas, de sus fondos y adornos. Ya he-

mos visto cuán capacitado estaba el geólogo, botánico, físico, matemático, anatómico e ingeniero de primer orden, que fué Leonardo, para llenar esa necesidad a la perfección; para representar debidamente el fondo necesario, por reproducción exacta de la naturaleza; para transportar al lienzo la figura humana escogida. Además —si no lo más importante— toda obra la ejecutaba con un fin cierto, premeditado; con una intención definida. Recuérdese la advertencia de Leonardo a su padre, Ser Piero, al entregarle la rodela (especie de escudo protector usado en la época), encargo de un colono suyo. Había pintado en ella "a fin de asustar a quien le viniese en contra", recuerda Vasari, un monstruo horrible, tan al natural que Ser Piero, al verla de repente, se sobresaltó y no quería tomarla; Leonardo le convenció a llevarla, diciéndole: "Esta obra sirve para lo que ha sido hecha; tomadla pues y llevadla, pues tal es el fin que debe esperarse de toda obra". (Giorgio Vasari: "Vida de Leonardo de Vinci").

Su técnica en la perspectiva, ciencia que aplicaba a todas sus producciones, fué también otra clave del éxito de sus cuadros. La pintura —decía— se extiende a la superficie de los cuerpos (Tratado: 9) o sea a planos. Su tarea, como expresa Irma A. Richter ("Paragone", MCMXLIX, Oxford University Press, página 20), se resolvía en un problema geométrico: combinar los varios planos que constituyen la superficie de los objetos en el espacio al único plano de la pintura. Esto lo solucionaba la perspectiva, ciencia que relaciona todo a un solo punto de vista. Los estudios de Leonardo en perspectiva fueron extraordinarios y le llevan gran parte del Tratado de la Pintura.

Pero todavía algo más quedaba por representar en los cuadros y dibujos cuando se trataba de personas: sus almas. En un pasaje del Tratado de la Pintura, (apuntado en el capítulo 180 de la obra de H. Ludwig editada en Viena en 1882) dice Leonardo: "Un buen pintor tiene dos objetivos principales al pintar: el hombre y la intención de su alma; el primero es fácil; difícil el segundo". (Véase también la edición argentina del "Tratado de la Pintura" vertido al castellano por Mario Pittaluga, pág. 83, entrada 176. Buenos Aires, 1943).

En otra parte del "Tratado" (Biblioteca Nacional, París. Ms. 2038, folio 29 v. Mc. Curdy II, pág. 266) recuerda Leonardo que "la figura será de mayor estima cuanto por su acción exprese mejor la pasión que la anima".

En esas breves citas encontramos pues la clave de las pinturas de Leonardo. Si el terminado estudio



de la naturaleza, de las ropas, de los objetos visibles en la composición hacen aparecer como reales dichas cosas y una acabada disposición geométrica de las mismas, unida a la impecable representación perspectiva del todo, nos garantiza el acertado enfoque de la escena y sus componentes, no es menos cierto que la perfección anatómica y el semblante de las personas puedan llegar a revelar también su alma, su estado de ánimo, su intención.

Evoquemos la "Última Cena". Hay una perfección tal, un realismo tan conmovedor alrededor de la figura central de Cristo al advertir a los discípulos que uno de ellos le traicionaría, que nos parece asistir al espectáculo de "trece dramas íntimos, personales", como apunta Antonina Vallentin en su biografía del Maestro. Indudablemente, Leonardo consiguió plenamente en este cuadro el objetivo señalado por él en la Pintura.

La naturaleza y el objeto de este ensayo refrena nuestros deseos; además, el estudio e interpretación de las pinturas de Leonardo nos llevaría al tratado. Pero mencionemos siquiera y busquémosle explicación a un hecho repetido a menudo en la producción pictórica del inmortal artista: dejar más de una obra incompleta, ejecutando en otras solamente los primeros diseños. Tal sucede con la célebre "Adoración de los Magos"; quedó sin terminar, después de haberle dado Leonardo la capa inicial de pintura.

Sucedía que, en muchos casos, —como en el apuntado—, Leonardo había ya logrado, en ese estado de la obra, su propósito, realizado su finalidad; había "revelado su intención", como apunta Oswald Spengler ("La Decadencia de Occidente", tomo II, pág. 101, edición Espasa-Calpe, Madrid, 1934). Al quedar expresado su pensamiento, Leonardo daba por terminada su labor. Poco le importaba el resto; lo demás podía ser rematado por sus aprendices, por sus discípulos. Bien claramente lo da a entender en un pasaje del Códice Atlántico, cuando afirma que la idea es el trabajo del Maestro, la ejecución corresponde al discípulo. (Folio 109v).

Hay otro punto que debe ser objeto de análisis si queremos llegar a fijar, a captar, la mente de Leonardo y —por tanto— a interpretarlo debidamente, máxime en estos momentos en que una cultura, cuya filosofía es enteramente opuesta a la nuestra, trata indebidamente de hacerle precursor de sus ideas.

Es preciso dejar sentado que Leonardo no tuvo jamás ideas filosóficas materialistas y que Dios fué

para él origen y motivo de todo lo creado. Las ideas de Leonardo sobre tan importantísima materia no fueron las que quieren hacer ver los comunistas por medio de su periódico "Bolchevique", órgano del Comité Central del Partido Comunista ruso. En artículo del escritor comunista ruso G. Nedoshivin, publicado en el citado periódico, se llama a Leonardo "filósofo materialista", añadiéndose después que "Dios no tiene lugar en el cuadro de realidad hallado en las notas filosóficas fragmentarias de Leonardo que han sido encontradas". (Véanse los periódicos "The New York Times" de Abril 12, 1952, página 9, y "Diario de la Marina", de La Habana, del día 17 de Abril del propio año, página 6).

Las mencionadas declaraciones comunistas no hallaron favorable acogida en los Estados Unidos de América y aunque ya se había planeado por el Departamento de Estado Norte-Americano honrar la memoria del gran florentino, en el quinto centenario de su nacimiento, el estupor causado por tan falsas manifestaciones al parecer movió a la Secretaría de Relaciones Exteriores a sugerir al Presidente de la República que opinara sobre el tema, como se infiere del comunicado al New York Times, publicado en la edición del día 12 de Abril del año en curso. Mr. Truman, actuando con la rapidez que le caracteriza, dedicó —en discurso formal de la propia fecha—, una breve oración en memoria de Leonardo, recordando que sus conquistas han sido la herencia común de todos los hombres y han dejado indeleble huella en la historia de la Civilización Occidental. "En virtud de su sabiduría —expresó Mr. Truman—, de su energía creadora, de su celo por la verdad y de su devoción al ideal de la dignidad humana, ayudó a dar nuevos fundamentos a subsecuentes progresos en las ciencias y en las artes, al dominio de los recursos de la naturaleza y a la aceptación de los modernos conceptos de libertad y justicia".

Políticamente, el Presidente de los Estados Unidos de América dió una lección a Rusia, haciéndole ver que nuestra civilización occidental considera a Leonardo un precursor no solamente de nuestros progresos científicos, sino "de los modernos conceptos de libertad y justicia".

Nosotros, aprovechando esta tribuna que nos brinda la ilustre Academia de la Historia del país americano que primeramente descubrió, cristianizó y civilizó el hombre europeo, séanos permitido refutar también la falsa noticia propalada por los genios del mal, en su parte religioso-filosófica. Séanos permitido, señores académicos, desautorizar históricamente a los comunistas rusos: Todo el arte, la cien-

cia, la moral y la filosofía de Leonardo de Vinci, descansaron en Dios. Jamás fué ateo y racionalista, como intenta presentarlo el Soviet.

Efectivamente: en la introducción al Tratado de la Pintura, al hablar de la luz, hay una hermosa plegaria a Dios, invocando su ayuda en el tratado que comenzaba. Es edificante en alto grado. Exclama Leonardo: "El Señor, Luz de todas las cosas, me iustre para tratar de la luz". (Códice Atlántico, folio 203 r. Pág. 366, vol. II de "The Note Books of Leonardo Da Vinci", by Edward MacCurdy).

Luego, al hablar de los filósofos, expone: "Tratan de aprehender la mente de Dios, que abarca el Universo entero, pesándola y haciendo su disección como si estuvieran practicando anatomía. ¡Oh, humana estupidez!" (Quaderni d'Anatomia, II, folio 14 r. MacCurdy, id. id. vol. I, pág. 89).

En la introducción a los Cuadernos de Anatomía se encomienda fervorosamente a Dios, pidiendo su ayuda en el intento que proyectaba: "Plazca a nuestro Autor que yo pueda demostrar la naturaleza de los hombres y sus costumbres de la manera en que describo su figura". (Cuaderni IV, folio 157, pág. 111, vol. II, Jean Paul Richter: "The Literary Works of Leonardo Da Vinci, compiled and edited from the original manuscripts", London, 1883).

Unas páginas más adelante, al hablar de la anatomía del cuello, Leonardo no puede contener su admiración ante la obra de Dios y echando a un lado los escrúpulos de la época por los estudios en cadáveres, exclama: "Oh especulador, respecto a nuestro mecanismo, que no te perturbe el conocimiento que obtengas de él por razón de la muerte de otro, regójate mejor en que nuestro Creador haya ordenado el intelecto a tal excelencia de perfección". (Quaderni II, folio 5, v. MacCurdy I, pág. 174).

"Se debe obedecer la ley de Dios, ordenada para toda la naturaleza creadora", expresa en un pasaje del manuscrito "Arundel", (No. 263, British Museum. Folio 156, r. MacCurdy II, pág. 526). Hasta la Ley Natural reconoce Leonardo que proviene de Dios. ¡Qué rotundo mentís a los comunistas rusos! Dios es para el inmortal genio florentino la causa, razón y esencia de todo, y no vacila en encomendarse a El al acometer sus estudios.

Inclusive el fogoso anticlerical, José Péladan en su obra "La Filosofía de Leonardo Da Vince" (Edición argentina: Editorial Araujo, Buenos Aires, 1945), admite a Leonardo como al más poderoso adversario del racionalismo y recuerda que a la cabeza

de cada uno de sus tratados pronunciaba una oración (págs. 94 y 95, ob. cit.).

Hay otras múltiples menciones de Dios, del Creador, del alma, en la inmensa obra escrita de Leonardo, pero las citadas basten como prueba irrefutable y decisiva de ser su autor no solamente profundamente religioso, sino también piadoso.

En cuanto al calificativo de "Filósofo materialista" que a Leonardo tratan de adjudicarle los escritores rusos comunistas, hemos visto y presentado pruebas variadísimas de que el autor de "La Cena" estuvo muy distante de ser un filósofo materialista. Estudió en la Naturaleza como él mismo dice y repite, método del conocimiento del cual derivó toda su ciencia y arte, siendo dicho método no solamente válido para la Iglesia Católica, sino recomendado por ella; recordemos al respecto el dicho de Santo Tomás de Aquino arriba citado.

"El inmenso genio científico de cuatro siglos, creyó en Dios, honró a Dios, vivió según sus preceptos, fundamentó en El sus conocimientos. En su testamento encomendó su alma a Dios y a la Gloriosa Virgen María y murió después de recibir los Santos Sacramentos". Empleó su vida y la poderosísima inteligencia de que fué dotado por Dios en tratar de poner de manifiesto la obra del Creador en todos los aspectos físicos que pudieran interesar al Hombre, revelando cuantos principios, mecanismos, funcionamiento y leyes pudo captar su preclaro intelecto.

Tratemos —para terminar— de un asunto que apesadumbró mucho al Titán del Renacimiento; que se convirtió en su "complejo", como diría un moderno psico-analista: ¡Leonardo de Vinci no se consideraba un hombre de letras!

Veamos de qué provenía esta preocupación. Leonardo, por su nacimiento, no tuvo la esmerada educación de los jóvenes elegantes de Florencia. Hablaba fluidamente su dialecto nativo o sea el toscano, que era "lingua volgare", y aprendió matemáticas y los rudimentos del latín. Con el tiempo se despertó en él gran amor por el conocer y se convirtió en el mayor auto-didacta del mundo. Benvenuto Cellini, gran admirador del pintor de "La Gioconda", admite que tenía conocimientos de literatura griega y latina. Sus manuscritos prueban que conocía a Plinio, Ovidio, Virgilio, Livio, Horacio, autoridades de la antigüedad clásica. Sus apuntes demuestran que estaba plenamente familiarizado con los autores contemporáneos más famosos en todas las ramas del sa-



ber. Pero Leonardo no podía componer en latín, no tenía esa educación humanista tan natural en los círculos cultos de Florencia, no tenía la "lingua gramática". Esquivaba cualquier compromiso en materia literaria. Cierta vez —en las calles de Florencia— un grupo de notables discutía un pasaje del Dante. De Vinci, muy versado en el gran poeta, como lo demuestra en varias citas, acertó a pasar y fué llamado en consulta para explicar el punto oscuro, al mismo tiempo que Miguel Angel Buonarroti se aproximaba al grupo. Al verlo Leonardo, sin poder prever el exabrupto del colega, exclamó: "Miguel Angel será capaz de decirles su significado". Pero el autor del "Moisés", herido en su amor propio y receloso de aquél por no haber obtenido la comisión de la estatua ecuestre de Galeazzo Sforza, padre de Ludovico El Moro, encargada al pintor de "La Cena", contestó con una frase punzante, hiriente, contra Leonardo que no había podido aún fundir en bronce la estatua, dadas sus colosales dimensiones, diciéndole: "No, explícales tú, modelador de caballos, que a pesar de tu arte fuiste incapaz de fundir una estatua en bronce y con vergüenza fuiste forzado a abandonar tu empeño". (Manuscrito conocido por: "Anónimo Gaddiano o Magliabecchiano").

Leonardo fué un enciclopedista que ha dejado más de veinte mil páginas escritas en italiano. Fué el precursor del uso de la lengua vulgar italiana para obras de ciencia, "el padre de la prosa científica italiana", como le llama modernamente Sandro Piantanida, el ilustre leonardista. ("Leonardo Scrittore", págs. 171 y siguientes de L'Opera di Leonardo. Edizioni Dell'Esame. Milano, 1939).

Sin embargo, Leonardo tenía fe en el idioma que corrientemente empleaba: la lengua vulgar toscana, esparcida por toda la península y que, lentamente, se fué convirtiendo en el idioma italiano. Tenía tal maestría en su habla nativa que al margen de un cuaderno de anatomía apuntó: "Poseo tantas palabras en mi lengua madre que debo más bien quejarme de la falta de plena comprensión de las cosas, que de falta de palabras con que expresar por entero el concepto que está en mi mente". (Quaderni II, folio 16 r. MacCurdy II, pág. 129).

Dice el moderno autor italiano ya citado: "Como estilo, como composición y como lengua, su forma no presenta defectos" (S. Piantanida: Ob. cit.). Observa más adelante que en una época de corrupción social y política, dominada por las pasiones, calculadora, refinadamente astuta, cruel y sin escrúpulos, el autor de "La Virgen de las Rocas" conserva una rectitud moral que se refleja constantemente en su pensamiento. Probablemente antes de escribir el mencionado juicio tuvo Piantanida a la vista aquella anotación de Leonardo al margen del Códice Atlántico: "...deberá otorgársele mayor alabanza a un hombre de probidad no práctico en las letras que a un experto en las letras pero falto de probidad". (Folio 76, r. MacCurdy I, pág. 95).

¡El padre de la ciencia moderna probablemente vivió toda su vida bajo el peso de su complejo literario!

HE DICHO. (*)

(*) Conferencia dictada en la Academia Dominicana de la Historia.

